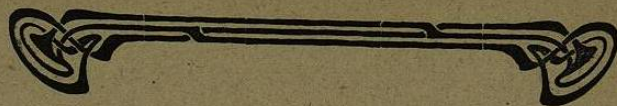


—Ya sabes cómo vienen todos los niños al mundo. Se los encuentra debajo de un hongo.

—Pero, mamá, si en los coches del ferrocarril no hay hongos.

Entonces, Gontrán de Vaulacelles, que sonreía maliciosamente, dijo:

—Claro que habría un hongo. Pero nada más lo ha visto el señor cura.



SOLEDAD

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VARIOS camaradas habíamos comido juntos, bien y alegremente. De sobremesa, un compañero de mi ya lejana vida estudiantil me propuso:

—¿Quieres que nos vayamos á pie, siguiendo la avenida de los Campos Eliseos?

Accedí gustoso. Ibamos despacio. Sólo se oía el rumor confuso y continuo de la populosa ciudad. Un aire fresco nos azotaba el rostro. El cielo aparecía sembrado con abundancia de granos de oro. Retoñaban los árboles con el verdor fresco de las hojas nuevas.

Mi compañero dijo:

—No puedo explicarme la razón, pero de noche, respiro aquí mejor que en parte alguna. Me parece que mi espíritu se baña en una claridad reveladora, y de pronto me creo abocado á descubrir el divino secreto de la existencia. Mi esperanza se man-

tiene sólo un instante. Como si me cerrasen los balcones que me inundaron de luz, me siento sumergido en las tinieblas. Todo vuelve á ser obscuro para mí.

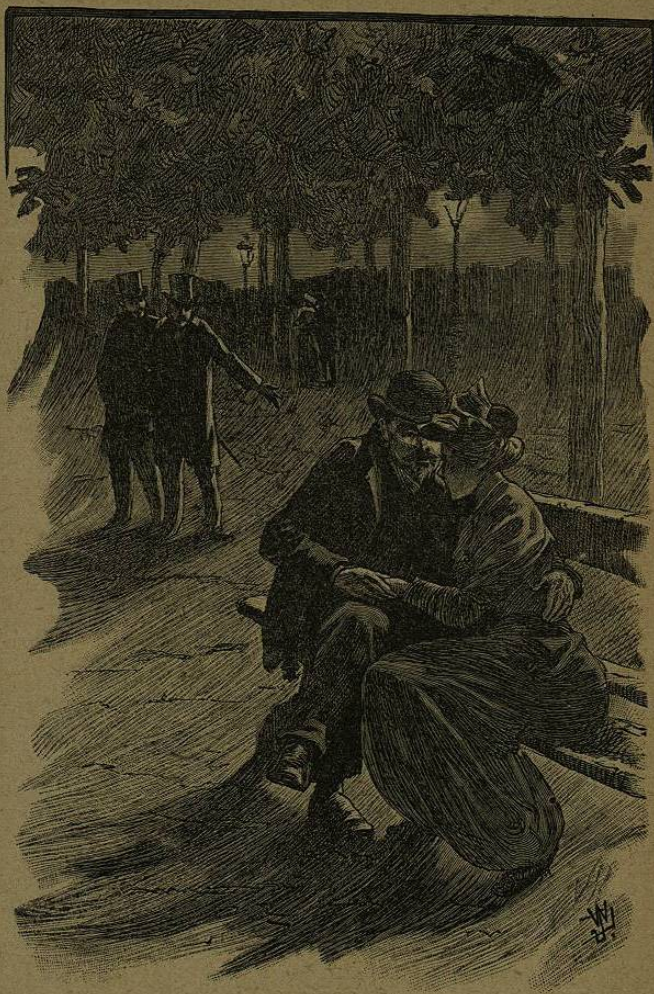
De cuando en cuando, veíamos la sombra de dos cuerpos muy juntos, deslizándose como si huyeran ó se ocultaran; ó pasábamos junto á un banco, donde un hombre y una mujer se oprimían ansiosamente.

Mi acompañante reflexionó:

—¡Los compadezco! Esas parejas amorosas, no me producen repugnancia, no; al contrario: me inspiran piedad. Entre todos los misterios de la vida humana, uno dejó de ser ignorado para mí: lo que más nos atormenta es la soledad, y todas nuestras decisiones, todo nuestro esfuerzo, tienden á evitarla. Esos enamorados no pretenden otra cosa; como nosotros mismos, como todas las criaturas, pretenden huir de la soledad que los abrumba, pretenden evitarla siquiera un minuto; y no lo consiguen. Por mucho que se junten, estrechándose, acariciándose, cada uno estará siempre solo; como tú, como yo; cada uno solo dentro de sí.

La soledad nos envuelve, nos aprisiona y nos aísla. No todos lo ven claramente, pero lo sufren todos.

Hace algún tiempo que me obsesiona el abominable suplicio de comprender la espantosa, la



inevitable soledad en que vivo, y estoy seguro de que nadie puede vencerla, ni ahuyentarla; nadie, nadie.

Proyectemos lo que proyectemos, hagamos lo que hagamos, sean como fueren las ansias de nuestro corazón, la fiebre de la boca, las caricias de las manos, las aproximaciones de los cuerpos, nunca se logra salir de la horrible soledad.

Te invité á dar este paseo para no irme tan pronto á casa; porque me intimida la soledad que hallo en mi casa.

¿Y de qué me sirve que tú me acompañes? Hablo y escuchas. Pero cada uno está solo, dentro de sí; juntos y solos. ¿Me comprendes?

«Bienaventurados los pobres de espíritu», dice la Escritura. Ellos gozan la ilusión de la dicha. Ellos no sienten la miserable soledad. Ellos no divagan, como yo, en la vida, sin contacto alguno, sin otro goce que la satisfacción egoísta de conocer, de adivinar, de sufrir el implacable aislamiento en que todos vivimos.

Te parezco algo loco, ¿no es verdad?

Oyeme. Desde que no se me oculta la soledad en que vivo, desde que veo claro, me parece que me hundo más y más en una sima oscura, sin paredes y sin fondo; sin límites. Me hundo y nadie me acompaña; nadie vive, nadie se agita en mi camino tenebroso. Eso es la existencia humana.

A veces, oigo lamentos, voces, ruidos... Avanzo á tientas hacia los rumores confusos: pero no encuentro nada; nunca sé cómo llegan á mí, de dónde salen; nunca encuentro á nadie; mis manos tendidas, nunca logran oprimir otra mano en la obscuridad solitaria que me rodea. ¿Me comprendes?

Algunos hombres adivinaron también, antes que yo, este horrible sufrimiento.

Alfredo de Musset, escribía:

¿Quién llama? ¿Quién se acerca?
¡Nadie! Aquí solo... siempre...
Sería la campana
del reloj... Nadie viene.

Pero en él, era una duda, un presentimiento, no una certeza definitiva como en mí. El poeta consigue poblar el vacío de su vida con fantasmas y ensueños.

Un poeta nunca está completamente solo. Yo sí, ¡estoy completamente solo!

Gustavo Flaubert, uno de los hombres más desdichados, porque fué una de las inteligencias más luminosas, formulaba, escribiendo á un amigo, esta frase desconsoladora:

«*Todos vivimos en un desierto. Nadie comprende á nadie.*»

Sí; es verdad; nadie comprende á nadie: por mucho que se piense, por mucho que se diga, por mucho que se haga.

¿Sabe la Tierra lo que pasa en las estrellas que nos alumbran, arrojadas como una simiente de fuego á través del espacio y á tal distancia que sólo percibimos el titilar de algunas, mientras una infinidad se pierden para nosotros en el infinito?

De igual manera ignora el hombre lo que ocurre á otros hombres. Vivimos tan distantes unos de otros, como esos astros, y acaso más aislados, porque la imaginación humana es insondable.

¿Sabes de algo más temible que un roce incesante con seres á los que nunca logras conocer? Nos amamos los unos á los otros como si estuviese cada uno sujeto en un sitio, sin poder acercarse á los demás. Nos martiriza un ansia torturadora; queremos unirnos, pero todos nuestros esfuerzos resultan estériles, nuestros abandonos inútiles, nuestras confidencias infructuosas, nuestros contactos impotentes y nuestras caricias vanas. Cuando queremos fundirnos uno á otro, el ansia que nos guía, nos conduce solamente á tropezar uno con otro.

Nunca siento mi soledad más dolorosamente, que mientras hago confidencias de mis intimidades á un amigo, porque más que nunca, entonces, advierto el infranqueable obstáculo. Mi amigo se halla junto á mí, sus ojos brillan, veo su mirada; pero detrás de los ojos hay un pensamiento que se me oculta. Oyéndome, ¿qué imagina? Sí, ¿qué imagina? ¿Me odia? ¿Me desprecia? ¿Se burla de mí? Es un tor-

mento rodearse de lo que se ignora, dirigirse á lo desconocido. ¿No me comprendes? Reflexiona lo que le digo, me juzga, me condena, me supone acaso necio. ¿Cómo saber los comentarios que hace á mis palabras? ¿Cómo saber si me tiene alguna estimación? ¿Cómo saber las reflexiones que se agitan en su cabeza? ¡Es tan misterioso el pensamiento desconocido, el pensamiento libre y oculto que no podemos abarcar, ni conducir, ni vencer!

En vano, quise muchas veces entregarme por completo. Abrí todas las puertas de mi alma. Nunca lo conseguí. Conservo siempre, ignorado en el fondo, en lo más profundo, el jardín secreto de *mi personalidad* á donde nadie llega. Nadie puede llegar, porque nadie conoce los ignorados caminos, porque nadie comprende á nadie.

¿Me comprendes tú en este momento siquiera? ¡No! Me juzgas loco. Me analizas, te previenes contra mí. Te preguntas: «¿Qué le ocurre? ¿por qué divaga?» Pero si algún día, meditando, penetras mi horrible y sutil sufrimiento, la significación de mis palabras, búscame, sólo para decirme: «¡Te comprendo!», y acaso me hagas dichoso un instante.

Sobre todo, las mujeres realzan mi soledad.

¡Miserable! ¡miserable! ¡Cuánto he sufrido por ellas! ¡Ellas me hicieron concebir, más que los hombres, la ilusión de que no me hallaba solo, aislado!

Entregándonos á un amor, nos parece que nuestro espíritu ensancha, florece. Una felicidad indescriptible nos invade. ¿Sabes por qué? ¿Sabes de dónde procede la sensación de inmensa dicha? Sencillamente, nos entusiasma pensar que no estamos ya solos; suponemos que ha cesado el aislamiento, el abandono en que vivíamos. ¡Error! ¡error!

Todavía más atormentada que nosotros, por el ansia eterna de amar que roe nuestro corazón solitario, la mujer es la mayor mentira del Ensueño.

Conoces bien las deliciosas horas transcurridas junto al ser adorable de largos cabellos, de facciones encantadoras, cuya mirada nos enloquece. ¡Un delirio que trastorna! ¡Una ilusión que fascina!

Ella y él, fundirán sus naturalezas en una sola, llegado el momento... Pero ese momento no llega nunca, y después de aguardar y aguardar, entre placeres engañosos y esperanzas frágiles, un día nos vemos aún más reducidos y solos que nunca.

Sí. Cada beso, cada contacto, aumenta la soledad. ¡Es terrible, desconsolador!

Un poeta, Sully-Prudhomme, ha dicho:

Son las caricias, pasajeras palmas
de un pobre amor que inútilmente quiere
la fusión imposible de las almas
al roce de los cuerpos donde muere.

Todo acaba. Y nos apartamos de la mujer querida, sin conocerla, sin adivinar sus pensamientos,

ignorando hasta la parte que tomó en aquellas inquietudes.

Hasta en los momentos culminantes en que una misteriosa y dulce armonía parece unir á dos seres, confundiendo sus deseos y aspiraciones, á veces una palabra, una sola palabra, nos revela nuestro error.

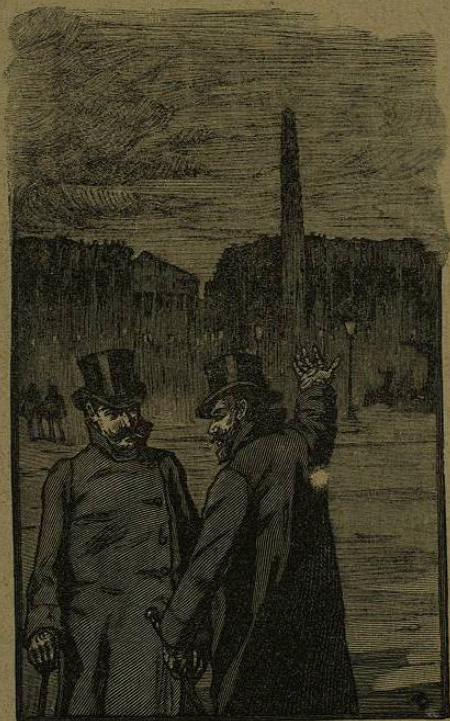
Y, á pesar de todo, la delicia más grande que podemos apetecer en el mundo, es pasar unas horas junto á una mujer adorada. Nos complace sentir en silencio la emoción que su presencia nos inspira; pero es inútil pretender algo más íntimo, porque nunca dos almas pueden fundirse.

Yo he cerrado ya en absoluto mi alma. Nunca le digo á nadie lo que juzgo, lo que imagino, lo que prefiero. Con la certeza de hallarme condenado á una invencible soledad, creo inútil dar mi parecer. ¡Qué me importan las opiniones, las disputas, los goces ni las creencias! No pudiendo compartir nada con nadie, nada me interesa. Mi pensamiento, invisible, nadie lo conoce, nadie puede conocerlo; es un mundo inexplorado, inaccesible. Con frases corrientes respondo á las interrogaciones acostumbradas, y cuando tengo pereza de hablar, sonriendo respondo.

¿Me comprendes?

Habíamos llegado al Arco de Triunfo de la Es-

trella, volviendo á bajar hasta la plaza de la Concordia, porque mi acompañante hablaba muy des-



pacio y, además de las razones transcritas, adujo muchas otras que no recuerdo.

Paróse bruscamente, y tendiendo el brazo ha-

cia el obeliseo de granito arraigado en el suelo de París, que proyectaba su perfil egipcio sobre la bóveda estrellada—monumento aislado, sustraído á su tierra, cuya historia mostraba escrita en extraños caracteres—, mi amigo exclamó:

—Mira: igual somos, de igual modo vivimos.

Y sin añadir una palabra más, alejóse.

¿Razonaba como un dementé, como un borracho, como un cuerdo?

A ratos opino como él, y en otras ocasiones me parecen sus frases disparatadas y necias.

